

## La historia en un crucero

Jordi Maluquer de Motes, *L'arqueòleg Maluquer de Motes i el creuer universitari per la Mediterrània de 1933*, Barcelona, Eumo Editorial, 2017.

Pocos sucesos y eventos concierne a la historiografía española han despertado tanta admiración e interés como aquel crucero mediterráneo de 1933. En una época en la que la universidad ve diezmados sus fondos y las posibilidades formativas e investigadoras languidecen con la falta de esa financiación pública –y no hablemos ya de la tan cacareada financiación privada– la empresa que mediado el período republicano llevó a unos doscientos estudiantes a conocer los antiguos orígenes del viejo Mediterráneo admira, desde inicio, por el hecho simple de poder llevarse a cabo. Al menos para las disciplinas humanísticas.

Con el auspicio de distintas personalidades, y el empeño de quien fuese decano de la Facultad de Letras de la Universidad Central, firme neokantiano y durante la guerra converso devoto al nacionalcatolicismo, García Morente, se fue gestando un viaje que con el paso de los años adquirió tintes de epopeya. Un crucero que tuvo una prolongación americana,<sup>1</sup> algo olvidada, un año después y que en la memoria de la profesión terminó por servir para conectar con la historiografía de preguerra, todavía no fragmentada por el golpe de Estado de 1936. Viaje que, pasado el

tiempo, sería recordado y narrado en la intimidad y en los escritos como forjador de carreras, de anhelos, de intereses y proyectos.

En este caso, el crucero nos es presentado desde el dietario inédito de uno de los cruceristas. De uno de tantos de sus estudiantes que luego adquirió renombre y reordenó los estudios de historiografía en la posguerra, Joan Maluquer de Motes. Una cuidada edición con más logros del que, en algún momento de las partes introductorias, parece ser el principal: la publicación de un diario redactado en catalán. El volumen se encuentra perfectamente estructurado en tres partes que adquieren vida propia como estudios –dos de ellas– y documentos, y que, afortunadamente, pese a ser algo que en ocasiones no suele suceder en muchas reediciones o ediciones de fuentes y textos consagrados, dan luz sobre la figura de Joan Maluquer y la historiografía de su tiempo. Estos destellos de datos y conocimiento se encuentran en las dos primeras secciones, en los dos profusos trabajos que introducen el manuscrito del arqueólogo, mientras que la tercera corresponde al propio texto de Maluquer, ampliamente anotado.

A esto se suma, además, un apéndice que recopila algunos textos de Carles Rahola, Bartomeu Roselló-Pòrcel, Guillermo Díaz-Plaja –que participó también en el siguiente crucero–, Domènec Casanovas i Pujadas y un texto anónimo, junto a una sucinta pero bien estructurada bibliografía y la indexación de fuentes consultadas. Debido a la centralidad de Maluquer en la obra, que

a veces disputa el protagonismo al crucero mismo, quizá se eche en falta un pequeño anexo bibliográfico que contuviese toda la producción, revisada y ampliada, del catedrático barcelonés y que supondría un buen aporte para los investigadores que se acerquen, en el futuro, a su figura. Pero desconocemos el trasunto editorial de la obra y solo es preciso apuntarlo como sugerencia.

En la primera de las partes, bajo el título de *L'homme, el científic*, su hijo Jordi Maluquer de Motes hace un repaso biográfico completo de la trayectoria vital e historiográfica paterna. Pese a la relación filial, el texto supone un buen aporte sobre el camino biográfico de Maluquer, superando a los pequeños aportes que, con motivo de su centenario, prologaron la reedición de *su Tartessos* en Urgoiti.<sup>2</sup> Otro prólogo que no aportó mucho en relación a lo ya conocido sobre la vida y obra de Maluquer y que se quedó en un intento de introducción, pues ni se atendió al lugar ocupado por este en la historiografía española, ni lo hizo con el lugar que el clásico Tartessos tiene en la evolución de la producción misma sobre tan misterioso pueblo, ni se adentró en su génesis, en su creación, o en el sitio que ocupó su estudio dentro de la biografía de Maluquer. Quizá, también, por imperativo editorial.

Traza así Jordi Maluquer un proceso que va desde la formación de su padre junto a Bosch Gimpera, la influencia de otros historiadores notables como Nicolau d'Olwer y la cercanía del ampurdanés Lluís Pericot, con quien mantendría una firme

relación y al que conoció en el mismo crucero. A su vez se aparece la figura y cercanía del omnipresente en la posguerra Jaume Vicens Vives y la relación que los unió hasta la muerte de éste. Pero hay un elemento que dota de interés a esta parte: el desgajamiento de la producción historiográfica de Maluquer, mejor o peor relacionada con la historiografía de su tiempo, sobre sus facetas de arqueólogo e historiador, repasando los puntales principales de su obra. El enigma de los iberos, el interés por los celtas y el surgimiento y desarrollo de la agricultura o la recepción de los avances metodológicos de la arqueología quedan reflejados y dan a la obra un interés introductorio para el estudio de la profesión.

Una primera parte, además, sustentada en un conocimiento completo de todo lo escrito sobre Joan Maluquer que, quizá, adolece un poco de ausencia de referentes historiográficos sobre la propia evolución de la arqueología y la prehistoria en España o sobre la historia de las universidades españolas, algo que ya cuenta, a día de hoy, con un importante cuerpo de estudios, sobre todo para el franquismo. Quizá, también, encontramos en esta primera parte, al menos así ha parecido a quien reseña, un interés constante y exacerbado por desmentir la relación de Maluquer con quien copase la arqueología en los años cuarenta, Martín Almagro Basch. Un intento de alejamiento y la constatación de casi una enemistad que en cambio nos aporta datos de interés sobre el proceder de Martín Almagro y las prácticas profesionales

de la Universidad franquista, con la firma con su nombre de artículos de estudiantes, del propio Maluquer incluso, entre otras. Tal vez en este interés también subyazca una pulsión de tinte político y de reconstrucción de la memoria familiar y profesional, algo ampliamente reproducido en multitud de estudios y acercamientos a historiadores que desarrollaron su labor profesional durante el franquismo y que tiende a repetirse no sólo en textos de familiares o discípulos sino también de profesionales emotiva y geográficamente alejados de su biografiado.

El segundo de los bloques, que ocupa en torno a la mitad del espacio otorgado a la introducción sobre Maluquer, se centra en cambio en la reconstrucción del crucero de 1933, objeto de la edición. Una parte firme y solvente que viene a unirse a otras obras en las que ya se trabajó esta experiencia universitaria. Texto que se convierte en referencia ineludible para quienes quieran acercarse al estudio del crucero y de la historiografía republicana y que va más allá de lo conocido. Hay, en él, un epígrafe que supera el propio viaje y los textos que, a través de los diarios que hubieron de realizar quienes tomaron parte y el concurso de escritos sobre el periplo, se produjeron.

Con el título *Conseverar la memoria* Jordi Maluquer realiza un pequeño rastreo de cómo se mantuvo viva la memoria de esta vivencia desde el mismo momento en que terminó hasta la década de los años noventa. Y es sugestivo por lo que en el texto se percibe. La memoria del

crucero desapareció, prácticamente, durante décadas del recuerdo y de la memoria profesional. Pero se recuperó en los años ochenta y noventa, en un proceso de rearticulación de la profesión y de la memoria con la que ésta se dotó, construyendo a través de su recuerdo un nexo de unión con la historiografía republicana de quienes se convirtieron en referentes de la nueva generación de historiadores en democracia. Un crucero que ha servido a la actual profesión para legitimar a sus padres historiográficos y para conectar con la expurgada historiografía liberal, rehabilitar trayectorias y alejar, en la medida de lo posible, a los maestros de la realidad política, historiográfica y social del franquismo. Una búsqueda de referentes y un conjunto de reconstrucciones que, muchas veces, parecen plantear lo singular, lo no común, al *rara avis* como único punto de referencia profesional.

Por último encontramos el propio dietario. No nos detendremos a referir más que la cuidadosa edición y la amplitud de las notas que ahondan en el conocimiento de la trayectoria de Maluquer y el crucero. Léanlo, que siempre es mejor y aquí tienen una buena fuente.

Eduardo ACERETE DE LA CORTE  
*Universidad de Zaragoza*

## Notas

- <sup>1</sup> A día de hoy se está conmemorando, mediante una exposición itinerante, la que podría ser considerada segunda parte de este crucero. El crucero por el Atlántico que, en 1934, llevó también a diversos

historiadores españoles, como estudiantes o docentes, a adentrarse en el pasado americano. Más información sobre el crucero trasatlántico, en <http://crai.ub.edu/es/coneix-el-crai/biblioteques/biblioteca-lletres/crucero-1934>.

- <sup>2</sup> Joan Maluquer de Motes, *Tartessos*, Urgoiti Editores, Pamplona, 2016. Los estudios preliminares corresponden a Francisco Gracia Alonso, que de seguro podría haber completado un interesantísimo estudio sobre Maluquer, por su conocimiento sobre la Arqueología y la Prehistoria española, y M.<sup>a</sup> Eugenia Aubet.

## Huesca bajo el franquismo

Carlos Domper, *De las cenizas al desarrollismo. La ciudad de Huesca, el Ayuntamiento y sus élites entre 1938 y 1975*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2016.

Resulta evidente el amplio desarrollo de los estudios sobre el franquismo desde las últimas décadas. De hecho, y añadiéndose a los enfoques procedentes de la historia política y social, la historiografía reciente ha acometido el estudio del franquismo desde variadas perspectivas, ya sea analizando el fenómeno de la memoria traumática del régimen, o de los imaginarios y representaciones asociados a la dictadura. Del mismo modo, desde la década de los años ochenta se produjo la proliferación de diversos estudios sobre las instituciones y élites políticas del franquismo –con el trabajo seminal de Encarna Nicolás– que, con des-

igual fortuna, procuraron cartografiar las estructuras institucionales y el personal político del nuevo régimen. En Aragón, los trabajos –entre otros– de José Manuel Alonso Plaza, Julia Cifuentes, Gustavo Alares y Ángel Alcalde para Zaragoza; Gaudioso Sanchez Brun para Teruel; y Ángela Cenarro para el conjunto de Aragón, habían procurado analizar las élites políticas franquistas, fundamentalmente durante los primeros años del régimen. Una perspectiva de análisis que encontró irregular desarrollo en otros territorios del Estado.

En cualquier caso, el análisis de la dictadura desde lo local permite evidenciar el carácter capilar del franquismo y su construcción y reproducción en los espacios locales. Una dictadura que, lejos de resumirse en el dictado absoluto del Caudillo, se consolidó en torno a una compleja trama de intereses de índole político, cultural y económico, que encontró fuertes raíces en los espacios locales y regionales. Algo que analiza con solvencia Carlos Domper en *De las cenizas al desarrollismo. La ciudad de Huesca, el Ayuntamiento y sus élites entre 1938 y 1975*.

La obra de Carlos Domper constituye así un pormenorizado análisis de la historia municipal de Huesca durante el franquismo, que en algunos momentos ambiciona proyectarse hacia la historia urbana. *De las cenizas al desarrollismo* descansa sobre un exhaustivo trabajo documental y una profunda inmersión en las fuentes –fundamentalmente el Archivo Municipal de Huesca, pero también en el Archivo General de la

Administración— para llevar a cabo una compleja taxonomía del personal político del Ayuntamiento de la ciudad y de la propia evolución del Consistorio. La obra, dividida en tres partes, se asienta sobre un esquema narrativo que introduce una síntesis de la coyuntura política internacional y nacional, para luego adentrarse en los pormenores de la ciudad altoaragonesa. Y aunque en ocasiones esta estructura resulte algo rígida, lo cierto es que permite una acertada contextualización de la historia local oscense.

La primera parte de la obra se ocupa de los primeros gobiernos locales de la ciudad de Huesca desde el fin del asedio republicano en 1938, hasta las primeras elecciones orgánicas de 1948. Un Ayuntamiento caracterizado por la provisionalidad y la escasa autonomía política del municipio, siempre sometido a la voluntad del gobernador civil, pero también a las presiones e injerencias de la Secretaría General del Movimiento, institución que, junto al Ministerio de Gobernación, participó activamente en la configuración de los diferentes gobiernos civiles. A este respecto, las tensiones políticas suscitadas entre el gobernador civil Pedro Morales y el jefe provincial de FET-JONS, José Antonio Martínez Barrado, se trasladaron al municipio oscense, en lo que constituyó una pugna recurrente en torno a la articulación inicial del Nuevo Estado y la ocupación de los nuevos espacios de poder político abiertos tras la Victoria. En este contexto debe entenderse la —no exenta de polémica— designa-

ción de José María Lacasa Coarasa, «uno de los integrantes más relevantes de esa élite católico-agraria» (p. 42), como alcalde de la ciudad, en una gestora que estaría al frente del Ayuntamiento de Huesca desde 1938 hasta 1947, cuando se produjo el nombramiento de Vicente Campo como nuevo alcalde. El exhaustivo análisis de la vida municipal que lleva a cabo Domper pone de relieve los acuciantes problemas financieros del Ayuntamiento oscense, agravados por las destrucciones de la ciudad y que, tan sólo de manera parcial, verían visos de solución a partir de 1940 y las actuaciones de la Dirección General de Regiones Devastadas. Durante estos años iniciales se produciría una pugna evidente entre las nuevas élites políticas de Falange y el conglomerado de individuos procedentes de la derecha tradicional. Lo cierto es que el enfoque local permite conocer de primera mano el desarrollo de estas disputas por el poder político. Del mismo modo, el análisis del personal político del Ayuntamiento de Huesca a lo largo de esta larga década constata la permanencia —e incluso incremento— de los sectores falangistas al frente del poder municipal. Un fenómeno que tuvo un desarrollo similar en otras ciudades españolas, tal y como han venido señalando diversos estudios. Y es que, como señala Carlos Domper, «conforme avanzó la década de los cuarenta las corporaciones municipales se convirtieron en un terreno propicio para la permanencia de aquellos sectores de la Falange que habían aceptado someterse a los

postulados de la dictadura» (p. 87). En cualquier caso, la corporación oscense debió de implicarse en la «gestión de la miseria», como de manera ilustrativa apunta Domper. Una ciudad con unos sectores económicos de escaso dinamismo, unos evidentes problemas de abastecimiento e infraestructuras, y, sobre todo, una reducida capacidad recaudatoria que limitaba su desenvolvimiento en el contexto autárquico de posguerra.

La segunda parte de la obra, y bajo el epígrafe «el fin de la provisionalidad», analiza la década comprendida entre 1949 y 1959. Un momento marcado a nivel local por la celebración de las primeras elecciones de concejales por el tercio familiar. Un proceso electivo que, sin pretender constituir un instrumento de representación política, sí que permitió explicitar las tensiones y ambiciones de los diferentes sectores de la coalición franquista. Al mismo tiempo, los procesos «electorales» constituyeron un elemento más en el proceso de institucionalización de la dictadura. En cualquier caso, el consistorio oscense se enfrentó a unos problemas similares a los de la década anterior. De hecho, la grave situación e irregularidades de la hacienda oscense obligó en 1952 a que el Ministerio de Gobernación llevara a cabo una inspección de cuentas que, si bien no detectó fraude alguno, sí consignó «diversos defectos contables» (p. 154). De manera indirecta, esta circunstancia provocaría la sustitución de Vicente Campo por el «camisa vieja» José Gil Cávez, que presidió el Ayuntamiento entre 1953

y 1958. En relación con el personal político, el autor, y a diferencia de las conclusiones derivadas de otros estudios locales –fundamentalmente en Cataluña–, alude a cómo durante la década de los cincuenta aquella «generación de la Guerra» no llegó a ser sustituida por un personal político nuevo ajeno a la contienda civil, produciéndose a su vez la consolidación del «poder cualitativo de FET-JONS en el Ayuntamiento oscense» (p. 156).

Las reformas hacendísticas impulsadas en los cincuenta a nivel nacional favorecieron cierta autonomía y un incremento de la capacidad recaudadora de los municipios, proporcionando mayores recursos para las arcas municipales. No obstante, la ciudad de Huesca tuvo que destinar gran parte de ellos a satisfacer las importantes deudas del consistorio, limitando su capacidad ejecutiva y dejando irresueltos los recurrentes problemas de abastecimiento de electricidad y agua o las insuficientes infraestructuras de transporte que, además de «un lastre demográfico para la capital altoaragonesa», contribuyeron a «frenar su desarrollo industrial» (p. 173).

El último apartado se dedica a los años comprendidos entre 1960 y 1975, cuando la ciudad afronta los cambios derivados del desarrollismo. En 1958 fue aupado a la alcaldía el antiguo seuísta Mariano Ponz –vinculado familiarmente a José María Lacasa–, que sustituyó a José Gil Cávez y que permaneció en el cargo hasta 1966. Se confirmaba así la presencia del personal político vincula-

do a la política de preguerra, como acontecería nuevamente con Emilio Miravé, alcalde desde 1966 hasta 1972, cuando se produjo su cese tras unas profundas tensiones con el gobernador civil Víctor Frago. Miravé fue sustituido por el médico Antonio Laclea, constatándose entonces la progresiva «pérdida de peso de FET-JONS en la composición política de los ayuntamientos» (p. 233). Una circunstancia que, sin representar «ningún cambio de orientación política», sí que evidenció «su propia incapacidad para reproducirse» (p. 233). Carlos Domper analiza la progresiva renovación –en gran medida cosmética– del Consistorio, señalando la incorporación tras las *elecciones orgánicas* de 1973 de las dos primeras mujeres concejales (p. 235). En cualquier caso, el escaso desarrollo económico e industrial de Huesca impidió que las nuevas clases medias tecnocráticas pudieran «desplazar de sus puestos (...) a los profesionales liberales y los funcionarios que los venían ocupando de forma mayoritaria desde finales de los cuarenta y principios de los cincuenta» (p. 235). Y del mismo modo, ese escaso desarrollo industrial –con la consiguiente escasa presencia de población obrera– explican para Carlos Domper la reducida conflictividad social en la ciudad durante el tardofranquismo (p. 278).

Durante los últimos años de la dictadura, el Ayuntamiento de Huesca siguió afrontando unos persistentes problemas de liquidez que procuraron ser paliados con diversos aumentos de tasas y la solicitud de

créditos al Fondo de Corporaciones Locales del Ministerio de Hacienda. Una circunstancia recurrente que no hacía sino reflejar la escasa autonomía de los municipios bajo el franquismo. Lentamente el Ayuntamiento fue dando solución a los problemas de abastecimiento de agua y electricidad, afrontó la gestión de las nuevas zonas de uso industrial (como Valmediana) y se implicó en la creación de un Colegio Mayor que permitiera a Huesca «recuperar su carácter universitario» (p. 250). Todo ello en un contexto desarrollista en el que el Ayuntamiento oscense debió manejar un crecimiento urbanístico y demográfico –provocado en gran medida por el éxodo rural– con una exigua capacidad presupuestaria.

La monografía se completa con un nutrido apartado gráfico con imágenes de la época, y una interesante serie de gráficos que quizás hubieran sido más aprovechables integrándolos en el texto, previa selección. Si se echa en falta la existencia de un índice onomástico, sobre todo habida cuenta de la importancia que en la obra adquieren los numerosos perfiles personales que discurren por sus páginas. En cualquier caso, el volumen constituye un interesante estudio sobre la ciudad, y, al mismo tiempo, un posible modelo de análisis de las *elecciones orgánicas* del franquismo, cuyas conclusiones a buen seguro tendrán continuación en futuros trabajos. Por último y no menos importante, *De las cenizas al desarrollismo* evidencia la cotidianidad del poder local durante el franquismo, sus tensiones internas, sus

pugnas de poder y la confluencia de múltiples intereses entrelazados y, en algunas ocasiones, contrapuestos.

GUSTAVO ALARES LÓPEZ  
*Universidad de Zaragoza*

## Repensando el Imperio

Pieter Judson, *The Habsburg Empire. A New History*, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Harvard University Press, 2016, 567 pp.

Mucho se ha escrito sobre las consecuencias y cambios que se produjeron en el mapa centroeuropeo tras el suicidio colectivo que resultó ser la Primera Guerra Mundial –el centenario de la misma no ha hecho sino avivar este interés historiográfico–, y particularmente sobre la caída de los grandes imperios centroeuropeos. En esta narrativa clásica, que durante un siglo ha inundado todo tipo de trabajos y monografías, y ha calado en la cultura popular, el aparentemente anticuado y contradictorio Imperio Austrohúngaro ha ocupado siempre un lugar preeminente. La disolución de Austria-Hungría tras la Gran Guerra, con sus anacrónicas y cinematográficas figuras habsbúrgicas a la cabeza, ha sido por lo tanto vista como un caso paradigmático de esa vieja Europa que se hundía sin remedio y pasaba a habitar en las memorias de aquellos que recorda-

ban bien con recelo o bien con nostalgia aquel «Mundo de Ayer» que ahora pertenecía a un pasado casi mitológico.

Esta visión del Imperio Habsburgo, basada en una lectura teleológica de la Historia propagada por el nacionalismo de los nuevos estados durante el período Entreguerras, que culpaban de sus males al estado imperial que los precedió, queda ahora en entredicho gracias a la vuelta de tuerca que el historiador estadounidense Pieter Judson lleva a cabo en su último libro. *The Habsburg Empire. A New History* se corresponde con una línea de investigación centrada en Austria, en la que el autor, especializado en Centroeuropa durante el largo siglo XIX, lleva ya trabajando varias décadas, y en la que se enmarcarían sus monografías *Exclusive Revolutionaries: Liberal Politics, Social Experience, and National Identity in the Austrian Empire, 1848-1914* (University of Michigan Press, 1996) y *Guardians of the Nation. Activists on the Language Frontiers of Imperial Austria* (Harvard University Press, 2007), en las cuales ha abordado el tema del nacionalismo –desde una perspectiva muy cercana a la visión de R. Brubaker– y la politización en el Imperio Habsburgo desde una perspectiva local y social.

Evitando caer en las generalizaciones y lugares comunes a los que hemos hecho referencia en el primer párrafo a la hora de abordar la naturaleza del Imperio Habsburgo, P. Judson parte de la premisa –muy acertada desde nuestro punto de vista– de la no excepcionalidad del



caso austríaco dentro del contexto europeo contemporáneo, revisando así mismo el tópico del fracaso del Imperio debido a unas supuestas contradicciones internas que lo destinaban a su inevitable disolución. No se encontrará en las páginas de este trabajo, por lo tanto, una historia de Austria, Hungría y una mirada de etnias más o menos predefinidas y entrelazadas en una incómoda unión deseando salir de una supuesta «cárcel de naciones», pues el objetivo de Judson es analizar «cómo infinidad de sociedades locales a lo largo de Centroeuropa se involucraron en los esfuerzos de la dinastía Habsburgo de construir un estado imperial unificado y unificador desde el siglo XVIII hasta la Primera Guerra Mundial» (p. 4, trad. propia).

El largo recorrido que plantea el libro comienza con el paso del espacio político austríaco de lo «marginal» a lo «global» (p. 18). Los dos primeros capítulos de *The Habsburg Empire* abordan el modo en el que durante el siglo XVIII la emperatriz María Teresa y sus hijos José II y Leopoldo II iniciaron una política administrativa y burocrática de construcción estatal, dando origen a un concepto de Imperio Austríaco que fue puesto a prueba por las Guerras Napoleónicas e iría mutando a lo largo del siglo XIX. El tercer capítulo abarca la época de la Restauración, que trajo un giro al conservadurismo a varios niveles –también la moralidad privada–, que sin embargo no se correspondió con un atraso económico y social de Austria, como ha venido afirmando la historiografía

tradicional en clave «fracasista» (pp. 112-120).

El cuarto capítulo del libro aborda el período de las revoluciones de mediados de siglo –con un ciclo de 1848 que comienza en 1846 y se prolonga hasta 1849–. El autor cuestiona otro de los grandes tópicos de la historiografía clásica, relativizando mucho el papel del nacionalismo y su extensión en el ciclo revolucionario (p. 213) y destacando los nuevos cauces de expresión que encontraron en él las diversas culturas políticas y colectivos del Imperio (el título de este capítulo, «Whose Empire?», es particularmente elocuente). Las experiencias de 1848 conducirán a una nueva etapa, en la que la práctica liberal se abrirá paso dando lugar a un modo diverso de entender el Imperio. Esta es una etapa decisiva a la que Judson dedica el quinto capítulo y que define como «Mid-Century Modern», y en la que se proyectará un nuevo modo de entender la propia dinastía Habsburgo. En el seno de este Imperio liberal surgirá una serie de guerras culturales por el modo de entender la nación, un tema abordado en el capítulo sexto. De nuevo relativizando el potencial disgregador de los crecientes nacionalismos en el seno del Imperio, Judson identifica las crecientes tensiones entre nacionalidades como una consecuencia de las tensiones políticas (y no al revés), y señala que la auténtica excepcionalidad del modelo austríaco a este respecto es el modo en el que el Imperio desarrolló estructuras legales y administrativas para gestionarlas (p. 271). En el capítulo séptimo, que abarca las

últimas décadas del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, asistimos al surgimiento de la sociedad de masas y a la rica vida pública municipal que se esconde bajo la aparente obsolescencia del sistema político austríaco. Un cosmos imperial que irá deshaciéndose progresivamente con la llegada de la Primera Guerra Mundial y la gradual desaparición del propio Imperio como unidad política (capítulo octavo). Las continuidades del Imperio Habsburgo son reveladoras para Judson, que en vez de la familiar expresión «imperio multinacional» sugiere abordar las naciones-estado post-Habsburgo como «pequeños imperios» que heredan las prácticas y problemáticas de su pasado prebélico (pp. 448-449).

La visión de *The Habsburg Empire*, que presta especial atención al Imperio como conjunto, no impide, sin embargo, mostrar la riqueza y la diversidad de las sociedades comprendidas dentro de sus fronteras. Este es el segundo aspecto que creemos necesario destacar del trabajo de P. Judson: el Imperio Habsburgo que visitamos en sus páginas no es el de la exclusiva y flamante Viena (espacios a los que el público lector está más habituado), sino también el de la sociedad de las provincias, más desconocida pero igual de rica o apasionante que la de las capitales imperiales. Junto a las más conocidas Praga o Budapest, la documentada y minuciosa narrativa del trabajo nos muestra cómo el proyecto de construcción y unificación imperial se desarrolla en todos los rincones del Imperio: en la lejana y moderna Chernivtsi,

el ajetreado puerto de Trieste o en el pueblo moravo de Uherský Brod. Y lo lleva a cabo mostrándonos la heterogeneidad y la pluralidad de sus realidades, reflejada incluso en la decisión del autor de respetar las diferentes variantes lingüísticas de cada topónimo enumerándolas en conjunto: la actual Bratislava pasa así a ser Pressburg/Pozsony, y la capital de Galitzia es citada como Lemberg/Lwów/Lviv.

Esta riqueza y diversidad de lo local queda también plasmada en las vidas de sus habitantes, en sus problemáticas, su relación con el Estado y su progresiva utilización del nacionalismo como instrumento político, siendo parte de los objetivos de Judson examinar cómo los ciudadanos del Imperio se involucraron en la consolidación del mismo: el Imperio Habsburgo, que hizo de su propia pluralidad y heterogeneidad una parte integrante de su ideología imperial, no se construyó sólo desde arriba. Los habitantes de Austria –Austria-Hungría tras el compromiso de 1867– quedan pues lejos de ser una masa social despolitizada y pasiva viviendo bajo un régimen obsoleto, y las nacionalidades con las que sus habitantes se identificaban no resultan ser etiquetas inamovibles –más bien al contrario, dada la fluidez de las identidades en el ámbito local–, sino más bien instrumentos de activismo político que funcionaban respecto a las mismas reglas y estructuras que el sistema imperial, y no en contradicción con el mismo.

Desde las primeras páginas de *The Habsburg Empire* hasta su epí-

lógico se percibe que no nos encontramos ante una historia convencional de Austria (y Hungría) en el largo siglo XIX. Una historia que, por su carácter sintético y por estar basada principalmente en literatura secundaria, deja necesariamente algunos aspectos en segundo plano (como las consecuencias de la guerra en Hungría y el reino Lombardo-Véneto en la sociedad imperial de 1848-1849, que son mencionados muy sucintamente), primando otros que resultan más relevantes al argumento principal. Sea como fuere, la perspectiva de Judson, que otorga una especial atención al proceso de construcción imperial y a las experiencias colectivas de sus habitantes –rasgos comunes que no entendían de religión, lengua o territorio– por encima del manido y teleológico tópico del Imperio multinacional, abre interesantes posibilidades para la historia comparativa con espacios y procesos similares como Rusia, Gran Bretaña o España (o no tan similares). Desde el punto de vista desplegado en *The Habsburg Empire*, herramientas y etiquetas explicativas como «imperio» o «nación» dejan de resultar contradictorios, y nociones como «imperio multinacional» quedan obsoletas, en un marco conceptual que constituye uno de los aspectos que hacen de *The Habsburg Empire* una lectura sugerente e innovadora y en la más actualizada referencia bibliográfica de la materia.

Ignacio GARCÍA DE PASO  
*Universidad de Zaragoza*

## Identidades políticas y espacios económicos en la Corona de Aragón e Italia, un universo de relaciones

Paulino Iradiel, Germán Navarro, David Igual, Concepción Villanueva (editores), *Identidades urbanas Corona de Aragón-Italia. Redes económicas, estructuras institucionales, funciones políticas (siglos XIV-XV)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016. 345 pp.

Las diecisiete ponencias recogidas en este volumen, resultado de una reunión científica bajo el formato de Seminario Internacional celebrado en Zaragoza en 2015, presentan un balance de resultados y nuevas líneas de trabajo de un proyecto de investigación con el mismo título, en el que se integraron los profesores de las Universidades de Valencia, Castilla-La Mancha y Zaragoza responsables de la edición. Los organizadores se propusieron como marco general «establecer un estudio comparado de las realidades políticas y económicas bajomedievales entre los estados de la Corona de Aragón y las principales ciudades italianas», para lo cual abrieron el Seminario a un elenco de representantes a la vanguardia de la investigación, procedentes del CSIC de Barcelona, el Istituto Storico Italiano per il Medioevo de Roma, el Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Dati-

ni» de Prato (Toscana), la Universitat Jaume I de Castellón y la Università di Firenze, cuyos textos se presentan en la lengua materna de cada uno de los autores.

Abre el volumen Carlos Laliena con un balance general sobre las transformaciones económicas en la Corona de Aragón en la Edad Media, que es una reflexión sobre los avances historiográficos de los últimos treinta años. La crítica del modelo «otoño de la Edad Media» se apoya en la revisión de la evolución económica realizada por Paulino Iradiel y J. Ángel Sesma, y más tarde por el propio Laliena, que han puesto de manifiesto el éxito de la expansión mercantil de la Corona de Aragón, la reordenación de los sistemas agrarios y la cohesión de las redes urbanas (centros de producción, consumo y distribución de bienes) que se fragua en torno a la producción artesanal y el comercio. Las relaciones con Italia, el Atlántico y el Norte de Europa cobran sentido en el mercantilismo financiero que se despliega en el tránsito a la Modernidad. Sin embargo, Laliena concluye intentando responder a esa «edad de oro» desde las grietas del endeudamiento público y propugna la interrelación de los estudios económicos con los aspectos sociales y los procesos institucionales.

Para comprender mejor el interés de la obra, resulta útil agrupar los estudios publicados en tres grandes bloques temáticos dedicados a: los sistemas de producción e intercambio (Narbona, Llibrer, Martínez Vinat y Feniello), la sociología política de

las identidades (Bernabeu, Ríos, Vicente, Villanueva) y las redes de relaciones (Samper, Navarro, Aparici), y los instrumentos financieros de los agentes económicos públicos y privados (Igual, Russo, Nigro-Orlandi y Villagrasa).

La organización gremial del trabajo –en los sectores cerámico y textil, estratégicos para la industrialización y la comercialización de la producción– a partir de fuentes documentales muy diversas es objeto de atención de tres estudios. Rafael Narbona expone los componentes sociales de los conflictos laborales en el seno de las agrupaciones gremiales a partir de las fuentes judiciales, y constata la movilidad de profesionales de distinto origen y credo religioso en la producción y comercialización de la cerámica en el cuadrante de Manises-Cuartera-Mislata-Valencia, de más alto nivel técnico peninsular. La existencia de bandos de menestrales pone de relieve una conflictividad endémica, resultado según Narbona de la propia estructura productiva y laboral. Juan Martínez Vinat, por su parte, utiliza los libros de contabilidad de la cofradía de *velluters* para desmenuzar el funcionamiento, gestión y organización del poderoso gremio de tejedores de terciopelo de seda, estrechamente dependientes del arte de los maestros genoveses, con los que se turnaban en los cargos de gobierno. La identidad cultural del colectivo tuvo su plasmación en la memoria escrita: la conservación por casi 400 años de los libros de contabilidad que nos señalan los

gastos en actividades de solidaridad y apoyo mutuo, junto a los festejos y celebraciones.

Antoni Llibrer explora la intersección continuada del trabajo agrícola con la producción industrial artesanal más diversa, no sólo la tradicional dedicación textil, sino también la cerámica, madera o la talla de piedra por parte de artesanos rurales, que eran, a la vez, propietarios de pequeñas parcelas. Este estudio muestra cómo construir un modelo explicativo para el desarrollo de la protoindustria rural a partir de ejemplos y datos muy concretos provenientes de varias comarcas valencianas, un aspecto que está todavía por explorar en el caso de Aragón.

La comercialización de la producción local (agrícola y artesanal) de multitud de pequeñas ciudades napolitanas y su intersección o complementariedad con el comercio internacional está en el origen de la extensa red de ferias –casi 230– que se crearon en el reino de Nápoles a fines del siglo XV. Amedeo Feniello atribuye esta revitalización a la intervención de la monarquía aragonesa como un Estado que favoreció la reducción de los costes de transacción, unificando espacios de intercambio, eliminando aranceles, ofreciendo seguridad jurídica, alentando el establecimiento de mercaderes extranjeros, factores de los Medici y Strozzi. Pero no fue sólo un fenómeno desde arriba, sino que las comunidades locales procuraron el impulso de las ferias como defensa de su economía, fuente de prestigio y también seña de identidad.

La relación entre identidades urbanas y oligarquías locales ocupa la atención de Sandra Bernabeu, para la Valencia de la época de Alfonso V, Alejandro Ríos respecto a los caballeros villanos de Teruel y Francisco Vicente en el Maestrazgo turolense. Este último, sobre el dominio de la bailía de Cantavieja, apuesta por un nuevo paradigma en el que «los concejos vasallos de la Orden del Hospital constituyen un modelo paralelo de emergencia comunal en el ámbito señorial ciertamente llamativo» (p. 138); en todo caso, de su análisis de las fuentes se desprende que las identidades urbanas en esa comarca se fraguaron sobre una fiscalidad autogestionada. Los caballeros villanos de Teruel permiten a Alejandro Ríos realizar un estudio sociológico de la representación social del poder local más propia de las ciudades y, por ello, fuertemente interpolada por la participación política. La delimitación de los elementos que caracterizaron la cultura política de esa elite de frontera, un «patriciado urbano de tintes militares», se combina con el estudio de la dinámica interna del grupo mediante técnicas prosopográficas. Es muy interesante la descripción de los rituales grupales (desafíos, alardes, ordalías, devociones) y su significado.

Ni una historiografía consolidada ni la riqueza de las fuentes documentales del reino de Valencia hurtan interés y mérito al trabajo de Sandra Bernabeu sobre la oligarquía de la capital en los decenios centrales del siglo XV, momento en que Valencia asume el liderazgo económico

en los territorios de la Corona de Aragón y el Mediterráneo. Con apoyo de la prosopografía, demuestra cómo en unos casos (*consell*) las estructuras de representación política se articulan mediante los linajes, mientras que en otros órganos (*consell secret*) son las dedicaciones profesionales las que priman en la promoción de carreras políticas de poder tan sostenidas como la de Jaume Garcia d'Aguilar, abogado de la ciudad durante más de 40 años. Bernabeu explica las estrategias de promoción de determinados sectores de la oligarquía extraños a los nobles protagonistas de las luchas de bandos que habían desangrado el territorio en los años precedentes. Según sus conclusiones, la fidelidad a Juan II como opción política abrazada por estos *tecnócratas* disolvió la contraposición entre monarquía y poder municipal. En mi opinión, esa confluencia de intereses –que es posible verificar en otras ciudades de la Corona de Aragón– explica en buena medida el éxito a largo plazo de las reformas municipales de los Trastámara.

El papel desempeñado por las ciudades medianas de una comarca próspera y bien articulada –la Plana de Castellón– como polo de atracción de población es el escenario elegido por Joaquín Aparici para una propuesta metodológica de aprovechamiento de fuentes documentales privilegiadas, que inserta con acierto en el desarrollo historiográfico del tema de los movimientos de población en relación con la construcción de una identidad local, cuando apenas 1/3 de los ajenos a la Plana se asentaron

en la comarca de modo más o menos definitivo. Al hilo de la reciprocidad de la presencia de castellonenses, se esbozan los problemas que implica la integración cultural y social, una cuestión que, todavía hoy, no nos puede resultar en absoluto ajena.

Del mismo tenor, pero referido a la presencia de italianos, franceses y alemanes en la ciudad de Zaragoza en los decenios finales del siglo XV y primeros del XVI, es el trabajo de Germán Navarro, quien, desde la perspectiva de «la inserción y el contraste que produjeron sus alteridades foráneas frente a las identidades locales», dedica especial atención a las relaciones establecidas en el ámbito laboral, mercantil y de intercambio de tecnologías, aspectos que permiten poner de relieve la potencia comercial de la capital del Ebro. Mercaderes, papeleros, tejedores y libreros convirtieron en un rombo la figura que simbolizaría la red económica de la Corona de Aragón (en feliz metáfora que propusiera J. Ángel Sesma) al unir las capitales de los cuatro territorios, vertebradas por compañías de negocios y élites locales e internacionales que formaron identidades urbanas propias de ese momento de esplendor que prelude los tiempos modernos.

Las identidades compartidas por las elites políticas y culturales en el amplio abanico de relaciones del Norte de Italia (Lombardía) con las Coronas peninsulares en el siglo XV son analizadas por Concepción Villanueva en una aportación a los rasgos de producción y consumo cultural que, desde los puntales del

Humanismo, fueron calando en sectores más amplios de las sociedades medievales peninsulares. A partir de una tipología de trayectorias personales concretas, desvela las redes bidireccionales por las que fluyeron estos comportamientos culturales y también políticos, sus referencias, características y poder de difusión.

Fernando Samper adelanta los resultados de su Trabajo de Fin de Máster sobre las relaciones entre el Imperio Bizantino y los territorios de la Corona de Aragón, relaciones que, con apoyo en los vínculos de parentesco entre los Paleólogo y los reyes de Aragón desde el siglo XIII, cubrieron aspectos económicos pero, sobre todo, culturales en la vertiente religiosa debida al interés de Martín I el Humano por las reliquias y la predicación de la Cruzada por Benedicto XIII. Más adelante, adoptaron un importantísimo cariz comercial, a partir de las colonias de mercaderes catalanes en la región oriental de Europa (actividades en ocasiones con tintes de piratería y delincuencia) y finalmente culminaron con la presencia política aragonesa en Grecia en la época de Alfonso V.

Los trabajos que dedican su atención a la historia económica –finanzas y costes de transacción– forman un segundo bloque de especial interés y novedad en esta obra colectiva. Así, David Igual plantea una aproximación a los rasgos informales de la economía a partir del ejemplo de los cambistas que operaban en Valencia. La confianza, el prestigio, los lazos de relación, los conocimientos técnicos, entre otros, fue-

ron elementos decisivos para el funcionamiento del sistema económico que D. Igual sitúa en la base de las identidades grupales de los mercaderes del ámbito mediterráneo. Esta aproximación sistemática a las pautas culturales y modelos de conducta sirve a este autor para reorientar su interpretación del universo mental mercantil en ciernes en el último tercio del siglo XV.

Gian Piero Nigro y Angela Orlandi presentan dos sofisticados análisis de los instrumentos financieros medievales –las letras de cambio como herramienta para la transferencia de fondos, y las prácticas cambistas en relación con el bimetalismo– realizados a partir de la abundantísima documentación mercantil producida en la región de Toscana en los últimos siglos de la Edad Media, resultado de las relaciones comerciales de los mercaderes florentinos con el área económica de la Corona de Aragón. Nigro subraya la enorme movilidad de los capitales que traslucen estos instrumentos financieros y las densas relaciones comerciales establecidas entre ambos espacios económicos, mientras Orlandi, en un avance de un estudio más ambicioso, ofrece utilísimos cuadros que explican la influencia en los intercambios comerciales de varios factores: las tasas, la presencia o carencia de moneda local, la liquidez, la coyuntura.

Los instrumentos financieros son también objeto de la atención de Enza Russo en su estudio sobre las técnicas aplicadas en los libros de contabilidad del Maestre Racional durante la época de Alfonso V, que

parte de las fuentes hacendísticas de la Corona. Examina el prolijo ritual de gestos contables en los que queda inscrito el procedimiento fiscalizador de la hacienda real (hacienda pública, aunque incluya la casa del rey), tras el que subyacen usos culturales y decisiones económicas (como el cambio de moneda de referencia de sueldos jaqueses a sueldos valencianos en 1427), el uso de las monedas de cuenta y otros mecanismos de consolidación de prácticas mercantiles llamadas a tener gran impacto y larga trayectoria en la historia económica.

En la misma línea, Esther Tello aporta un muy documentado trabajo sobre los aparatos financieros y hacendísticos del papado en un momento crucial: la incautación por Pedro IV de las rentas de la Cámara Apostólica durante los primeros años del Cisma de Occidente. Al detalle de las naturaleza de las cargas impositivas eclesiásticas y la estructura de las rentas pontificias se une una sutil reflexión sobre la coyuntura político-religiosa de la Corona y las redes económicas que sustentaban –y se beneficiaron de– la operación que casi se puede calificar de expolio continuado por parte del Ceremonioso. El estudio prosopográfico de estos actores le lleva a concluir que la construcción de las identidades sociales y políticas va unida al desarrollo de los sistemas fiscales «y viceversa» (p. 214).

Cierra el volumen la aguda reflexión historiográfica de Paulino Iraídiel, investigador principal del proyecto, sobre las identidades urbanas y su proyección en el ámbito mercan-

til mediterráneo entre los siglos XIII-XVII, un espacio para el que demanda «una unidad profunda de circulación económica, política y cultural».

En resumen, ésta es una importante obra colectiva, muy bien documentada –todos los trabajos ofrecen amplias referencias bibliográficas–, que pone el acento en las líneas de trabajo actuales, en curso en la historia económica y cultural de Europa. La utilidad del estudio de las redes de relaciones económicas y la incidencia de los factores institucionales en su dinámica de desarrollo son herramientas de análisis cuya utilidad queda puesta de manifiesto en este libro.

María Teresa IRANZO MUÑO  
*Archivo Histórico Provincial  
de Zaragoza*

## El valle de Ansó y su singularidad

Guillermo Tomás Faci y Jorge Laliena López, *Ansó, Historia de un valle pirenaico*, Huesca, Editorial Pirineo, 2016, 411 pp.

El concepto de historia local puede resultar ser insuficientemente clarificador cuando lo que se aborda es el análisis histórico de la vida social de un territorio desde la perspectiva dinámica de su interacción con el entorno y con el marco histórico en el que se desarrolla. Desde esta vi-



sión, más amplia, los diferentes estudios de historia local, como las piezas de un puzle, pueden componer un mapa mucho más claro y completo de la historia de una sociedad en un territorio de dimensiones muy superiores. El libro que se reseña puede ser considerado como una pieza de ese futuro puzle del Pirineo Central.

Guillermo Tomás, doctor en Historia Medieval por la Universidad de Zaragoza, investigador del CSIC, especializado en la investigación de la historia rural de las áreas de montaña europeas y pirenaicas, es autor de diversos libros y trabajos sobre la materia, entre los que cabe destacar su tesis doctoral sobre la Ribagorza de los siglos X-XIV. Jorge Laliena López, licenciado en Historia y DEA en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza, profesor de Enseñanza Secundaria, es autor de diversos trabajos y libros sobre el Alto Aragón en la época contemporánea. Ambos han trabajado conjuntamente para proporcionarnos esta Historia del Valle de Ansó desde los orígenes más remotos de los que tenemos testimonios arqueológicos hasta la actualidad.

Como señalan sus autores, se trata de un estudio de Historia Social, en el sentido más amplio de la acepción del concepto, tratando de analizar la sociedad del valle de Ansó como el resultado de la interacción de sus diferentes componentes geográficos, económicos, políticos, culturales, sociales... y de su relación con el contexto más amplio en el que, en cada momento histórico, la vida de los ansotanos estaba integrada. El

estudio pretende responder a la combinación de los tres tiempos históricos que señalaba Fernand Braudel: la larga duración, la coyuntura y los acontecimientos puntuales, diferenciando los componentes de cada uno de ellos en el caso de Ansó.

Se trata de un libro que pretende combinar el rigor de un trabajo de historia de nivel académico con un objetivo divulgativo dirigido a un público más amplio. Para ello los autores han trabajado con los instrumentos más profesionales de la bibliografía ya existente sobre los diversos aspectos de la historia del valle de Ansó, y la investigación del máximo de fuentes directas posibles, pero han renunciado a la utilización de referencias puntuales y de notas a pie de texto, con el objeto de facilitar su lectura. No obstante, todo el ingente trabajo de investigación queda reflejado en un último apartado de bibliografía y fuentes inéditas, que permite al interesado comprobar las bases en las que se basan las interpretaciones de los autores y, en su caso, su discusión. Adicionalmente el texto narrativo nos va incluyendo un limitado número de transcripciones de documentos, particularmente significativos, que facilitan al lector una mayor aproximación al contexto en el que los hechos se producen.

El libro se estructura en tres bloques distintos que abarcan periodos diferentes, y cada uno de ellos está organizado en apartados o capítulos temáticos sobre su demografía, economía, cultura... El primer bloque comprende el periodo anterior al siglo XI, y es forzosamente el más

limitado por la escasez de los datos disponibles para este periodo del valle de Ansó. El segundo bloque, obviando el formalismo cronológico académico, abarca los periodos de tiempo denominados como medieval y moderno, es decir, desde el siglo XI al XVIII. Y finalmente, un tercer bloque se dedica al estudio de Ansó en los siglos XIX y XX. Guillermo Tomás es el autor de la primera parte, que comprende los bloques uno y dos, y Jorge Laliena de la segunda, es decir, el bloque del Ansó contemporáneo.

Los autores nos presentan un último apartado de conclusiones en el que sintetizan los elementos que a su juicio determinan la singularidad del valle de Ansó.

Sin duda la vida en el valle de Ansó se remonta a tiempos inmemoriales, pero solo a partir del 4000 a. e. se detectan algunos conjuntos megalíticos, y posteriormente los signos de otras culturas hasta aparecer las huellas de la presencia romana en la zona, a partir de la conquista de Jaca en el año 195 a. e. La decadencia del Imperio romano, que propició un crecimiento en los valles pirenaicos, y el posterior refugio de cristianos tras la invasión árabe, supusieron el despeque demográfico del valle y lo que los autores denominan como «la entrada en la Historia» del valle de Ansó, en el siglo VIII, con la que finalizan ese primer bloque de estudio.

El segundo bloque abarca un amplio periodo de ocho siglos, y en él los autores van analizando de forma diacrónica cuatro grandes apartados de la vida en el valle. La sociedad ansotana; la vida en la comunidad (el

valle, el concejo y la Iglesia); el control y la explotación del territorio; y la relación del valle con la Corona.

En este segundo bloque, y más marcadamente en el periodo medieval, es cuando encontramos los elementos que configuran la personalidad y la singularidad del valle de Ansó respecto a su entorno y otros valles pirenaicos.

Señala como el desarrollo del sistema feudal en la zona septentrional del valle Ansó se diferenció de la parte meridional y de la canal de Berdún por la ausencia en él de aristocracia, aparentemente también de «mezquinos», e incluso de infanzones. Unas figuras sociales que por el contrario sí que aparecen en las zonas septentrionales del valle, de influencia del Monasterio de San Juan de la Peña.

Vemos como los ansotanos formaban una comunidad humana cohesionada por una férrea disciplina respecto a sus ordenaciones para la defensa del valle, para mantener su condición de realengó frente a los nobles y la Iglesia, y para mantener la gestión autónoma de sus recursos. La condición igualitaria de sus habitantes no excluía la existencia de una estratificación social, en la que sus estamentos superiores ocuparon las posiciones decisorias de su organización comunitaria. Esta fuerte cohesión social fue la que les permitió a los ansotanos evitar, o minimizar, las intervenciones exteriores sobre la vida en el valle.

La economía del valle, que ha sido hasta hace poco tiempo esencialmente ganadera, tenía como

fundamento la gestión comunitaria de sus pastos. El aprovechamiento de los pastizales estaba regulado mediante una estricta ordenación del uso y arrendamiento de los mismos. Su riqueza natural, fundamentalmente procedente de los pastos y de los bosques, aunque distribuida de forma desigual, permitió a la sociedad ansotana mantener a lo largo de la historia una prestación de servicios a la comunidad muy superior a la de otras durante este periodo histórico.

La posición geográfica del valle, en su condición de frontera con el vecino reino de Navarra y con el Bearn, le permitió contar con un privilegiado apoyo real. Los monarcas, con el objetivo de fomentar una sólida y potente comunidad frente a posibles intervenciones exteriores, otorgaron al valle el uso exclusivo de muy amplias zonas de pastos. Estos privilegios reales concedidos a Ansó supusieron el que a lo largo de su historia los conflictos implícitos a la actividad ganadera y a la trashumancia, se vieran incrementados en el caso ansotano. Toda una serie de disputas con los vecinos de los valles de Roncal, de Echo y del Aspe por el uso de los pastos, salpicaron gran parte del periodo analizado y encontraron sus vías de resolución en el sistema genérico de «vistas» y «tercera vía», concretados en casos como las «Vistas de Escarroneta» con Echo, «Junta de Puyeta» con los roncaleses, o la «Pacería de 1355» con el valle del Aspe.

En el siglo XVI el Concejo ansotano se hizo así mismo con la mayoría de los campos de cultivo del

término, aparentemente para aplicar a la agricultura el mismo control comunitario que a la ganadería.

Se comprueba como la posición del valle de estar beneficiado por la Corona por la concesión de pastos, y la limitación de su obligación fiscal al pago de dos caballerías, se mantuvo durante el periodo medieval, aunque con algunas variaciones. Posteriormente, conforme se produjo la desaparición de la frontera navarra y se consolidaron el poder estatal de los Austrias, y el de la Iglesia con la Contrarreforma, esa posición de privilegio se fue debilitando hasta llegar a perder su autonomía en el siglo XVII. Un proceso que culminó con los decretos de Nueva Planta borbónicos.

En el bloque relativo a la época contemporánea se analizan, así mismo de forma diacrónica, cinco grandes apartados: La población y la organización territorial; las grandes transformaciones económicas; el cambio social y las formas de resistencia; el renacer de la cultura ansotana; y la evolución política y los comportamientos electorales.

El periodo de los siglos XIX y XX protagonizado por la aparición del capitalismo y de la política liberal supuso una lenta decadencia de las formas de vida del valle mantenidas durante el Antiguo Régimen. Un declive que se vio agravado por el conjunto de guerras y sublevaciones del periodo, y alcanzó su máxima expresión a mediados del siglo XX con la gran emigración del campo a la ciudad. En los años sesenta del siglo XX tuvo lugar una diáspora que redujo drásti-

camente la población del valle y consecuentemente su cabaña ganadera.

En todo este proceso, los ansotanos mantuvieron la defensa de sus modos de gestión, oponiéndose a los procesos desamortizadores y llegando a frenar el de los comunales, que en su caso suponía un 96,8% del territorio. En la misma dirección se destaca cómo cuando se desamortizaron el molino, el batán y los hornos de pan, un grupo de vecinos los recompraron y los cedieron al pueblo de Ansó.

El mantenimiento de la gestión comunal de los pastos permitió eludir que se produjese una gran concentración de la riqueza, y sus excedentes permitieron mantener los servicios públicos para su población. No obstante, durante el periodo contemporáneo la vida del valle se vio condicionada por los acontecimientos bélicos y políticos de una forma bastante similar a otros territorios, fue disminuyendo su riqueza y se fue limitando su singularidad.

Durante el principio del siglo XX, se produjo una destacada promoción de la cultura ansotana, centrada especialmente en el vestir, provocada por el naciente nacionalismo y su búsqueda de estereotipos. La cultura ansotana, su arquitectura, su lengua, su modo de vestir,... eran una buena fuente para los buscadores de las «esencias» de la patria chica, y constituyeron el principio del fenómeno turístico.

Los autores nos señalan, como conclusión, que para comprender la singularidad del valle de Ansó hay que considerar los elementos de

continuidad durante todo el periodo: el emplazamiento geográfico y su carácter de frontera; la fortaleza y autonomía de su comunidad, y la negación de su aislamiento e igualitarismo, que se han demostrado falsos.

Con este libro nos encontramos con una aportación muy importante para conocer la historia de Ansó y los valles del Pirineo Central. La estructura diacrónica de los capítulos implica una cierta dificultad para el lector, pero facilita un conocimiento más completo del periodo. Estamos sin duda ante un libro de alta divulgación que permite a un público amplio un conocimiento riguroso de la historia de Ansó, y la comprensión de los factores que fundamentaron su singularidad. Un libro que está basado en un amplio estudio de las fuentes, especialmente de las archivísticas, y que a la vez sugiere a los investigadores caminos para trabajos sucesivos.

Javier LÁZARO GARCÍA

*Investigador independiente*

## El demonio del Sur

Ricardo García Cárcel, *El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II*, Madrid, Cátedra, 2017, 464 pp.

*El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II* es el último libro del catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona, Ricardo García Cárcel. Como

ocurrió con otros libros suyos, como *El sueño de la nación indomable* o *Las memorias del pasado*, el lector tiene la impresión de que el profesor García Cárcel vuelve a los grandes temas que han sido objeto de su interés a lo largo de su dilatada trayectoria profesional, pero ahora con una mirada decantada, sedimentada, llena de sabia madurez. El objetivo del autor queda bien explicitado en las primeras páginas del libro: «Lo que a mí me interesa, especialmente, en cualquier caso, es el análisis del proceso de la construcción de la imagen de España y este es el objetivo que me he trazado en este libro al abordar la figura de Felipe II», como el símbolo que fue de la España católica.

La Leyenda Negra y la historia de España, la figura de Felipe II, la dialéctica entre realidad y representación... ya estaban presentes en su libro *La leyenda negra. Historia y opinión* (Madrid, Alianza, 1992) y ahora vuelven, de una manera más monográfica y renovada en *El demonio del Sur*. En 1986 España había entrado en la Unión Europea y los fastos de las Olimpiadas en 1992 parecían ser el cénit festivo de la definitiva europeización española. Por fin habíamos tomado el tren de la modernidad. Y éramos capaces de trabajar juntos en la construcción del estado del bienestar, soñando con dejar atrás el doloroso y terrible pasado reciente. Apenas había pasado un decenio desde la muerte del dictador y era necesario un proyecto nuevo para España. Con una mirada hacia el pasado más larga, había pasado un siglo desde los debates sobre

el atraso y la decadencia de España entre Juan Varela y Gaspar Núñez de Arce, entre otros. Nadie cuestionaba entonces la Leyenda Negra. El nacionalcatolicismo la asumía para levantar sobre esa piedra el contrapunto de las glorias patrias. Los liberales, por su parte, asumían la Leyenda Negra justamente para subrayar la necesidad de un Estado sobre otras bases, de una modernización en línea con la mejor Europa.

Como escribiera García Cárcel en su libro de 1992, era tiempo más que suficiente y ocasión para enterrar definitivamente el victimismo, el síndrome de la persecución, el dolorido grito «me duele España», para encarar el futuro con entusiasmo renovado, con una cohesión social y un juego político parlamentario consolidado tras los negros años del franquismo. García Cárcel quiso enterrar el mito de la Leyenda Negra aquel 1992 a partir de una deconstrucción comprensiva de las motivaciones, los actores y la elaboración diacrónica de los discursos negativos sobre España en cada contexto. Se trataba de aplicar racionalidad a los discursos, desdramatizar el pasado, liberarse de esa carga para mirar al futuro. Ha llovido mucho desde entonces y nuestro tiempo parece estar lleno de nubarrones.

Hoy, la obsesión por la Leyenda Negra ha vuelto a emerger en el debate, más que historiográfico, público, con matices sensiblemente distintos, desde un nacionalismo español agresivo, en relación con las identidades y la organización afectiva y efectiva del Estado. Hay pues un *revival* del

concepto «Leyenda Negra», que ya había sido popularizado por Julián Juderías a principios del siglo XX. Desde este punto de vista, *El demonio del Sur* constituye una valiosa aportación a este debate, aunque no desde el ensayismo *light* que tanto éxito tiene como argumentario banal entre los opinadores del más variado pelaje, sino como un trabajo historiográfico riguroso.

Ricardo García Cárcel vuelve a ocuparse de Felipe II. El reinado del hijo del Emperador, su valoración y la proyección de su imagen a lo largo del tiempo, con sus ecos nacionales e internacionales, es el objetivo de este libro que transita magistralmente entre la realidad histórica (lo que pasó) y la representación (las imágenes proyectadas por unos y otros y sus usos en una red de motivaciones instrumentales diversas). El profesor García Cárcel se ocupa de la imagen de Felipe II elaborada en el siglo XVI: la que él mismo quiso proyectar (marcando distancias respecto a su padre, una larga sombra sobre el hijo); la que lanzó su hijo Felipe III (durante su reinado se publicaron las crónicas de Herrera o Cabrera de Córdoba); la que lanzaron sus críticos más inmediatos (los arbitristas ante la crisis económica, la nobleza descontenta, los juristas de Castilla y Aragón ante el avance del absolutismo... todos especialmente a partir de la segunda parte de su reinado, en la década de los ochenta); y, por supuesto, las potencias enemigas, coyunturales o más estructurales, del Papado a la monarquía del Cristianísimo Rey de Francia, de los rebeldes

flamencos a la oposición portuguesa, pasando por la Inglaterra isabelina, con el «enriquecimiento» de esos discursos gracias a las aportaciones de Antonio Pérez, el caso Don Carlos o el papel de los protestantes españoles exiliados y aliados en casos significativos a la red de conversos sefarditas pasados al protestantismo.

Los esfuerzos de Felipe II por construir una imagen positiva de sí mismo y su reinado (leyenda blanca) se frustraron, entre otras razones, por el desgaste de su propia acción política ante un imperio de dimensiones difícilmente gobernables y por la multitud de frentes negativos cuyas críticas confluyeron y cristalizaron en un discurso bastante orgánico ya en los albores de la Ilustración. Voltaire popularizó ese discurso alrededor de tres estigmas fundamentales: el rey oscuro e incomprensible encerrado en El Escorial; el rey fanático y déspota, protector y jefe político en la sombra de la Inquisición, «terror de disidentes de cualquier tipo, reivindicador de la ortodoxia dogmática y del disciplinamiento severo»; y el rey parricida, capaz de matar a su propio hijo, el príncipe Don Carlos, y, ¡quién sabe!, quizá también a su propia esposa, Isabel de Valois.

Estos tres ejes articulan la parte central de este libro, con una dedicación especial a desentrañar el misterio de la muerte del príncipe Don Carlos. Esta parte está convenientemente arropada por un capítulo inicial en el que se desgrana el concepto de Leyenda Negra y su abordaje desde la historiografía contemporánea, tanto española como la del hispa-

nismo; y un capítulo conclusivo en el que, además de recoger orgánicamente los argumentos expuestos en las páginas anteriores, se reflexiona sobre el fracaso de la leyenda blanca y sus razones: ¿por qué triunfó el apelativo «demonio del sur» frente a la imagen del «rey prudente»? El libro se cierra con un útil apéndice de los textos más significativos que contribuyeron a construir la Leyenda Negra (la *Apología* de Orange, el *Antiespañol* de Arnauld y Hurault, el *Tratado parenético* de Teixeira...).

Cualquier interesado en el reinado de Felipe II encontrará en este libro una síntesis rigurosa y detallada de los argumentos que se han esgrimido desde su mismo tiempo y hasta la actualidad, de sus emisores y sus motivaciones... Más allá de estas cuestiones, el lector también podrá reflexionar con el autor sobre los prejuicios que lastran el conocimiento histórico, la dificultad de romper determinados marcos mentales, solidificados, petrificados en la memoria colectiva, a pesar del buen hacer de excelentes trabajos de investigación como el que nos ocupa. Finalmente, el lector de *El demonio del Sur* podrá reflexionar junto al profesor García Cárcel sobre la necesidad de enterrar definitivamente la Leyenda Negra como argumento en la construcción de la identidad nacional, empezando por devaluar su singularidad: muchos otros países tuvieron su propia leyenda negra (ingleses, franceses...); y, en segundo lugar, planteando la identidad nacional no desde una visión unitaria y emocional del colectivo «nosotros», sino desde una visión

racional, cívica, plural e integradora, que acepte las identidades múltiples que habitaron y habitan esta piel de toro. Sólo así podremos exorcizar a nuestros demonios.

Doris MORENO  
*Universitat Autònoma  
de Barcelona*

## Nación es construcción: una historia compleja de la cultura nacional española

Ignacio Peiró, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid, Akal, 2017.

«Los dogmas de la religión civil deben ser simples, pocos, enunciados con precisión, sin explicaciones ni comentarios». Con estas palabras de Jean-Jacques Rousseau inicia el historiador Ignacio Peiró una obra que condensa treinta fructíferos años de dedicación a la historia y a la historiografía. Las ideas de *El Contrato social*, afirma, sentaron las bases para la «constitución de la identidad colectiva de la nación surgida en los comienzos de la modernidad contemporánea» (p. 5). A partir de ahí, Peiró reconstruye a la manera de un orfebre la trama sobre la que se tejió la cultura nacional española en el siglo XIX y parte del XX. El resultado

es una visión panorámica basada en una bibliografía monumental y escrita con un estilo narrativo impecable –claro, conciso– y muy erudito.

Existen muchas obras ya dedicadas a la construcción de la nación y a los procesos de nacionalización en España, muchas realizadas desde un punto de vista político-institucional, otras desde una perspectiva social, y cada vez más desde una óptica cultural, centrada en conmemoraciones, símbolos, rituales.<sup>1</sup> Pero no existía una obra de conjunto como la que tenemos aquí que tome en consideración tantos y tan variados planos.

El libro se centra en la aportación de las letras, las bellas artes y las ciencias a la construcción de una «cultura del recuerdo» en España (p. 9), desde las Academias, museos e instituciones como el Ateneo, a los teatros y cafés. Peiró disecciona «la creación de un espacio político conmemorativo y la aparición de un arte nacional» (p. 53). Los archivos, la pintura y el grabado, las historias, los monumentos, los jardines, la literatura, la escultura, las conmemoraciones y homenajes... todos los elementos que contribuyeron a la construcción y la práctica de la «memoria cultural» (p. 68) española promovida desde esferas oficiales (estatal, regionales y locales) y extraoficiales por políticos, literatos, artistas, profesores, funcionarios, militares o profesionales liberales de distinto signo.

El análisis de Peiró deja clara en todo momento la complejidad de toda esta trama, en ocasiones incluso *maraña*: el «diálogo simbiótico» en-

tre lo nacional y lo regional (p. 82), la coexistencia de ásperas controversias con una «solidaridad subliminal», y las tensiones entre espacios de pluralidad y libertad para las representaciones de lo nacional y los proyectos uniformizadores, que al final del relato construido por el autor se tornan definitivamente excluyentes. Peiró se ocupa, en definitiva, del «complejo horizonte de intereses, expectativas y certezas» (p. 68) que planeó en torno a la tortuosa construcción de la cultura nacional y del espectador moderno, ya que lo que estaba en juego era, en última instancia, dotar de un contenido específico a esa narración que es la nación y formar/educar a los ciudadanos de la misma.

Este amplio recorrido constituye una aportación novedosa al conocimiento del proceso de construcción nacional española. En primer lugar, los esfuerzos del autor por situar a España en el contexto internacional y comparar con procesos similares en países del entorno contribuyen a consolidar la línea interpretativa que viene insistiendo desde hace tiempo en la normalización de la trayectoria española contemporánea. España, como decían Manuel Martí y Ferran Archilés, es y ha sido «un país tan extraño como cualquier otro».<sup>2</sup>

En segundo lugar, la toma en consideración de una pluralidad de voces que pugnan por dotar de contenidos a la *comunidad imaginada*; por fijar los orígenes y significados, los límites internos y externos de la comunidad nacional y sus contenidos políticos, históricos, lingüísticos



o geográficos; por definir lo que era justa y convenientemente *nacional*, muestran que tanto la nación como la cultura, y por supuesto las culturas políticas, han sido –y son– espacios plurales, espacios de conflicto, de debate, de discusión. Es más, en el caso de la cultura nacional, la propia existencia de fuertes controversias podría interpretarse más como un signo de fortaleza que de debilidad.

Por último, la persistencia y la continuidad de los usos públicos de la historia, de esa historia que se hace literatura y se fija en grandes obras generales y manuales escolares; que después se hace pintura para subirse, finalmente, a los pedestales de los monumentos (p. 68), muestra el entramado de intereses en juego, de imaginarios concurrentes que juegan en la construcción pública de las memorias colectivas. El capítulo dedicado a la figura de Carlos V es en este sentido muy revelador.

La panorámica ofrecida en la obra se cierra, por otra parte, con un capítulo –bajo el título de «Derrumbamiento y Anulación»– en el que Peiró aborda la ruptura traumática de la «cultura nacional española» habida tras el fin de la guerra civil, ilustrando cómo con la dictadura se produjo su sustitución por una «cultura de la España nacional», mientras la «cultura nacional liberal», como tal, quedó circunscrita al marco de los exilios. Es una cuestión que el autor había planteado ya con anterioridad en *Historiadores en España: historia y memoria de la profesión* (2013), donde, al abordar el franquismo, señalaba los desastrosos efectos gene-

rados por la dictadura, el empobrecimiento del cultivo de la historia en el interior y la subsistencia en el exilio de una rica producción historiográfica, y cuando, al hablar de la «ruptura de la tradición liberal», apuntalaba una de sus tesis principales al sostener que lo denominado como «historiadores liberales del franquismo» no dejaba de ser una invención interesada de los propios protagonistas («liberales reinventados») apoyada por una historiografía inclinada a demostrar la compatibilidad entre franquismo y liberalismo.

En conclusión, considero que estamos ante una aportación historiográfica importante al ofrecer una cartografía amplia, trabajosa y trabajada del academicismo liberal desde los albores del liberalismo hasta el franquismo, pero también que este libro permite ir más allá de los límites cronológicos fijados por el autor, y contextualizar nuestro pasado más reciente e indudablemente nuestro presente. De ahí la favorable acogida y notable impacto mediático que ha recibido.

Florencia PEYROU TUBERT  
*Universidad Autónoma  
de Madrid*

### Notas

- <sup>1</sup> Uno de los más recientes es el coordinado por Javier Moreno Luzón y Xosé Manoel Núñez Seixas, *Los colores de la patria*, Madrid, Teenos, 2017.
- <sup>2</sup> Manuel Martí y Ferran Archilés, «Un país tan extraño como cualquier otro. La construcción de la identidad nacional española contemporánea», en M. C. Romeo e I. Saz (coords.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, PUV, 2002.

## Escenografías y mitificación: la Historia franquista en acción

Gustavo Alares López, *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2017, 477 pp.

Walter Benjamin dijo, en una de sus frases más reproducidas, que «no hay documento de cultura que no lo sea, al tiempo, de barbarie». En pocas ocasiones se puede aplicar más adecuadamente este pensamiento a un momento histórico que en el caso de las conmemoraciones y la celebración del pasado que el régimen franquista hace a lo largo de su interminable duración. La utilización de la historia de que hace uso público el franquismo deja atrás sepultados los avances de una sociedad que con sus problemas había ido fraguando a lo largo del primer tercio del siglo XX elementos de modernidad, de cambio social, desarrollo cultural y económico y finalmente, con la Segunda República, un ensayo de régimen democrático de convivencia con pretensiones reformadoras. El golpe de estado del 18 de julio, la guerra y sobre todo, el régimen nacido de ésta bajo el paraguas de la oleada fascista en Europa desarrollará elementos de cultura patriótica a muchos niveles, desde la *alta manera* elitista hasta el despliegue en el medio local y provincial de institutos de cultura

que fueron clave para entender el panorama cultural y académico de las décadas del franquismo. La simbiosis entre estos institutos –ligados al CSIC en la mayor parte de ocasiones– y una Universidad inspirada en los valores de los vencedores, erradicados los vencidos y neutralizados los «liberales» decimonónicos, dio lugar a un panorama en donde esa gigantesca tela de Penélope tejida y destejida innumerables veces que es el pasado se reelaboró buscando que los memoriales no fueran sólo para un público culto, sino para el conjunto de la sociedad, que debía ser conducida por los caminos *verdaderos*, aunque hubieran sido trazados por la violencia y la barbarie y más mirando al pasado y al interés de los que controlaban el presente que como generadores de un futuro fecundo.

De las políticas con que el franquismo tratará el pasado español hay ya un buen número de trabajos, sobre todo en el plano historiográfico, pero muchos menos en cuanto a la puesta en práctica de esas visiones dirigidas tanto a un público amplio como a la reconstrucción de las redes académicas y políticas respecto a esos temas. De ahí el interés de este aporte.

Gustavo Alares es un conocido historiador en esta casa editorial por sus trabajos sobre la propia Institución «Fernando el Católico» y por su amplio conocimiento sobre la profesión de historiador en la España de Franco. Su trayectoria no es ajena a la cantera de estudios historiográficos de la que procede, con nombres de referencia tan relevantes como

Ignacio Peiró o Miquel Marín en la estela de Juan José Carreras. De ahí que no sea sorprendente su dominio del tema y la preparación en un terreno, la historia de la historiografía y la historiografía de y sobre el franquismo, sobre la que este grupo tanto ha aportado. Alares es el fruto también de la capacidad de andar por el mundo de una nueva generación de jóvenes estudiosos, pues este trabajo es la versión impresa de su tesis doctoral, leída en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, por el que unos cuantos jóvenes historiadores aragoneses han pasado. Por lo tanto nos encontramos con un autor que posee la formación teórica por un lado, y por otro el conocimiento directo y muy a ras de tierra del personal al que estudia, como han demostrado volúmenes como los dedicados al intercambio epistolar del catedrático falangista zaragozano Fernando Solano con su conmlitón José Navarro Latorre o el utilísimo *Diccionario Biográfico de los Consejeros de la Institución «Fernando el Católico»*.

Se desenvuelve por lo tanto con total comodidad el autor entre el mundo intelectual del falangismo académico, de la historiografía de la época y en la proyección pública que esta apuesta por hacer historia a partir del mito tendrá en una España franquista que no busca explicar, sino convencer y adoctrinar.

El autor refleja muy bien cómo los avances en la profesionalización que autores como Peiró y Pasamar han expuesto tan bien en sus trabajos pioneros quedó en entredicho

con la victoria de los rebeldes en la guerra civil y la puesta en marcha de un régimen –«fascistizado» dirá el autor, siguiendo a Ismael Saz, aunque a lo largo de toda la obra quede en evidencia su inclusión dentro del contexto fascista europeo– que va a buscar consolidar una visión del pasado como directa justificación de un futuro imperial y como compensación con un presente que era más miserable que otra cosa.

Uno de los mayores aciertos del libro es su estructura, que hace que una temática que puede ser difícil de transmitir a un lector no ducho en temas de historiografía gane en fuerza e interés al presentarlo como una serie de momentos a lo largo del régimen en que éste proyecta esta concepción mitificada de la historia de España alineada con las tesis falangistas o nacionalcatólicas –en todo caso, parte de la cosmovisión de los valores representados en el levantamiento del 18 de julio– buscando esa didáctica imperial, esa reafirmación de la vuelta a la arcadia de un pasado recuperado por los vencedores de la guerra civil.

Esas estampas que Alares presenta se centran en cinco momentos, perfectos además para ver cómo el discurso va modificándose, adoptando nuevos ropajes pero sin apenas alejarse de su oscuro corazón mítico, reñido con el discurso historiográfico profesional y moderno. Así asistimos a las muy escenográficas celebraciones del milenario de Castilla en el Burgo de 1943; a la visión sobre los Reyes Católicos con motivo del V centenario de su

nacimiento a principio de los años cincuenta; a las conmemoraciones de su hijo Carlos V por su IV centenario, ya en 1958 y con un aire más contenido en los entusiasmos patrióticos. En esa misma fecha se festejaba el CL aniversario del inicio de la Guerra de la Independencia, también aprovechada por los medios académicos oficiales. El volumen finaliza con las conmemoraciones de los XXV años de paz dentro de la amplia campaña con la que el régimen celebraba su ya destacable duración en el tiempo.

En todos los casos, en las cinco estampas históricas se combina el nivel público, más conmemorativo, junto a análisis detallados de historiadores alineados con el régimen, y singularmente con la visión falangista del pasado, como es el caso de Carlos Corona o el citado Fernando Solano, además de otros de más relevante trayectoria historiográfica, como Jaume Vicens Vives. Pero las descripciones sobre el despliegue del V Congreso de la Corona de Aragón, sus avatares, las peripecias de la inicial Institución «Fernando el Católico» o el papel de Menéndez Pidal en las celebraciones castellanas nos aportan con mucho detalle, y a veces crueldad, la preeminencia de la política y el servicio al estado en los ambientes académicos y universitarios.

En ese sentido, uno de los mayores aportes del libro es contextualizar muy adecuadamente –y proporcionar ejemplos detallados de su práctica– la noción de «regionalismo franquista», que sirve para poner en valor la relevancia de los discursos

nacionales emitidos desde la periferia, articulados en torno a minorías académicas y culturales de arraigo local. En definitiva, el peso de la «provincia» a la hora de articularse el discurso histórico y político de un franquismo que encuentra en la «patria chica» una base potente sobre la que edificar un falseado o distorsionado pasado nacional, cuyo objetivo evidente era soportar políticas de reafirmación del resultado de la guerra civil y del permanente mantenimiento de los españoles en una minoría de edad política.

Ahí se ve cómo el buen conocimiento de los entresijos de la Institución «Fernando el Católico» y de sus principales protagonistas en la posguerra le ayuda a la credibilidad del cuadro que dibuja, y que puede ser perfectamente extrapolado a otras zonas de España, ya que no se trata con todo de una obra que se ciña al ámbito del «regionalismo aragonés» –aunque éste tenga amplia presencia–, sino que permite una mirada de conjunto al hacer y laborar de los medios académicos españoles y también al propio discurso del régimen.

Entre todas estas estampas, cabe destacar, por su peculiaridad de un fascismo desatado y henchido aún de posibilidades de futuro, las celebraciones del milenario de Castilla con un despliegue sin precedentes –ni continuación– en la vida del régimen, con una auténtica representación de la Castilla medieval. Igualmente, es de destacar la pasión «fernandina» de los historiadores aragoneses, confrontada con la apuesta castellanista por la reina Isa-

bel, y en la que se cruzaban referentes políticos con la concepción más o menos centralista de las visiones de España. El espacio final, aunque más breve, dedicado a la celebración de los XXV años de dictadura, es otro momento relevante ya en los años sesenta, esta vez volviendo la vista a la propia obra del régimen, presentada como la superación de las limitaciones históricas de España, obviando que la dictadura fue la materialización más descarnada del fracaso colectivo de los españoles en las décadas centrales del siglo XX.

En el libro, muy bien editado, como es habitual en una de las mejores editoriales de historia de nuestro país, páginas que nos hablan del mundo intelectual de la profesión histórica en el franquismo; la utilización de elementos populistas –como el rechazo de la recreación histórica del *buen* Rey Fernando en una película americana que hace rebrotar la airada indignación de un sector ciudadano febrilmente nacionalista– y el mundo lleno de pequeños y grandes mandarinatos, con sus subsiguientes conspiraciones y animadversiones, que se adivina en el V Congreso de la Corona de Aragón, en las celebraciones del César Carlos o en los proyectos editoriales frustrados.

Hubo de transitarse un largo camino para espantar los mitos y que volvieran la profesionalidad y el discurso racional a estos medios, para lo que también laboraron algunos de estos personajes que visitan el libro, como el imprescindible Vicens Vives, el más destacado historiador de su tiempo –por mucho que hubiera de

pagar vasallaje intelectual y personal a la época que le tocó vivir–, José Antonio Maravall y algunos otros que supieron poner las bases de una historia renovada y preparar el camino a una nueva generación de historiadores.

El conjunto del volumen está bien orquestado y equilibrado y, sobre todo, consigue dotar de vida a unas estampas y unos hombres que a lo lejos parecían de cartón piedra pero que en realidad eran los miembros de que estaba hecha esa dictadura en realidad tan provinciana, aunque con tantas ínfulas imperiales, como fue el régimen encabezado por el general Franco.

Miguel Ángel RUIZ CARNICER  
*Universidad de Zaragoza*

## Los Sitios Reales y la organización de un gran espacio cortesano

Concepción Camarero Bullón y Félix Labrador Arroyo (dirs.), *La extensión de la Corte: los Sitios Reales*, Madrid, Ediciones UAM, 2017, 745 pp.

Los Sitios Reales, compuestos por los palacios y rodeados por los jardines, territorios de caza, campos agrícolas, centros urbanos y de manufactura, eran núcleos de poder político y a la vez espacios extraordinariamente dinámicos que contribuyeron a la transformación de

la sociedad europea en la Edad Moderna. Estos espacios, que resultaron de una sinergia fructífera entre los palacios reales y sus territorios adyacentes, formaban el contexto de la planificación urbana, descubrimientos científicos, manufacturas, innovación agrícola, la introducción de nuevas formas de sociabilidad, moda y creación artística. El libro de conjunto *La extensión de la Corte: los Sitios Reales*, editado por Concepción Camarero Bullón y Félix Labrador Arroyo, estudia a través de veinticuatro aportaciones de diversos especialistas los Sitios Reales dentro del contexto de la formación y evolución de la Monarquía hispana, abarcando un amplio período desde la Baja Edad Media hasta el siglo XIX, desde el surgimiento de la sociedad cortesana hasta la construcción del Estado-nación. La obra, pues, pretende ir más allá de una perspectiva meramente arquitectónica, geográfica o histórico-artística, aunque estas disciplinas también tienen su cabida en el volumen.

Como señalan los directores en la introducción, la Corte, y por extensión los Sitios Reales, cobran su sentido dentro del contexto de la *magnificencia* principesca, que remite a los supuestos filosóficos clasicistas sobre el gobierno político virtuoso expresado en los espejos de príncipe y otros tratados políticos cortesanos. Estos contemplaban la política como una extensión de la ética, atribuyendo al príncipe virtudes morales, siendo la primera condición la capacidad de autogobierno, que facultaba al príncipe el ejercicio del gobierno sobre una

casa extensa, que a su vez se extendía al plano político: el rey gobernaba sobre su reino como un padre sobre la familia. Esta condición se expresaba visiblemente a través de la construcción de los palacios reales, que alojaban a los príncipes y sus servidores, cuyas necesidades transformaron los territorios adyacentes.

El desarrollo de los Sitios Reales a lo largo de la Edad Moderna tuvo como consecuencia una creciente diversificación de la economía, de los oficios y las profesiones, que incidía en la composición de la población de estos territorios. Los Sitios Reales creaban una demanda específica de productos y servicios, que daban lugar a la innovación económica, artística y científica, que se expresaba en la explotación agrícola de los territorios alrededor de los palacios, la administración de los bosques reales, los jardines, la creación de fábricas para productos de lujo como la porcelana, y la construcción de los palacios con sus colecciones de pintura, escultura, muebles, curiosidades, instrumentos musicales, etc. Esto atraía artistas, autores literarios, arquitectos, músicos, comerciantes, científicos: todos ellos buscaban su oportunidad en la Corte y formaban parte de la población heterogénea de los Sitios Reales, y de los emergentes centros urbanos. Así, los Sitios Reales eran lugares complejos, que requerían su particular régimen administrativo.

La protección de la caza, la explotación de otros productos como leña y pastos, y el arrendamiento de tierras, exigía, un control guber-

nativo y administrativo sobre estos territorios, que fue evolucionando particularmente a lo largo del siglo XVI. Los Sitios Reales, afirma Virgilio Pinto Crespo, cuyo artículo versa particularmente sobre la incorporación de Aranjuez a la Corona, constituyeron una red de territorios que acabaron formando un único espacio jurisdiccional, «un único espacio cortesano», a pesar de su fragmentación geográfica. Que la importancia del buen gobierno de estos territorios iba más allá de la mera protección de la caza, resulta del estudio realizado por Félix Labrador sobre las visitas realizadas al Conde de Arco, quien ejerció durante treinta años como alcalde y gobernador del Sitio del Soto de Roma. En este período no sólo disminuyeron las especies cinegéticas, sino que también se deforestó por la permisividad en las licencias de tala de madera y por la falta de una política de reforestación, a pesar de la importancia que tenía la producción de madera de este sitio para la construcción de barcos y el encabalgamiento de la artillería naval.

La seguridad de los Sitios Reales es estudiada por Enrique Martínez Ruiz en un artículo que abarca el período desde los Habsburgo a Isabel II, centrándose especialmente en la protección de los bosques y de la caza. Dentro de este contexto, Magdalena de Pazzis Pi Corrales, dedica atención a la Compañía de Fusileros Guardabosques Reales, creada en 1761, que debía encargarse de la protección de animales y vegetales de los Bosques Reales, ocuparse de la seguridad del soberano y de la corte,

además de controlar a visitantes y conocer a los habitantes de los pueblos en el entorno.

Los Sitios Reales formaban el contexto espacial de la ceremonia y la etiqueta, que marcaba las diferencias jerárquicas conjugando ausencia y presencia, cercanía y distancia, elementos esenciales en la comunicación política, que contribuyeron a la evocación de la magnificencia real. Dentro de este contexto, Enrique Castaño Perea investiga los usos músico-espaciales en la Capilla del Alcázar de Madrid, dedicando atención a la disposición espacial de los diferentes grupos corales durante la ceremonia de la salida del rey a la capilla. Mercedes Simal López, por su parte, estudia una de las expresiones magníficas más llamativas del palacio del Buen Retiro, al centrarse en su colección de pinturas, que se convirtió en un modelo imitado por otros coleccionistas europeos de la época. Analiza en su contribución el primer inventario de pinturas redactado en 1661, inédito hasta su publicación en este volumen, que no sólo revela el contenido de la colección, sino que también aporta información sobre la ubicación de algunas obras y los traslados y los cambios que sufrieron.

La obra termina con un estudio llevado a cabo por Luis Urteaga y Concepción Camarero Bullón sobre la cartografía de los Sitios Reales levantada por la Junta General de Estadística en la década de 1860 para dar cumplimiento a la Ley de Deslinde del Patrimonio de la Corona. La documentación revela el estado de las

posiciones de la Corona justo antes del proceso desamortizador realizado durante el Sexenio Democrático. Como consecuencia de la Ley de Deslinde, los Sitios Reales llegaron a formar parte del patrimonio público, con lo que la documentación refleja la transición del sistema cortesano al Estado liberal moderno.

El libro de conjunto, cuya riqueza difícilmente puede reflejarse dentro del espacio de una reseña, dedica también atención a otros aspectos tan diversos y relevantes como los

panteones reales, cuestiones financieras, la red de Sitios secundarios que no sirvieron de alojamiento de la familia real, y la vida cotidiana en estos lugares. Constituye, de esta manera, una valiosa aportación al estudio multidisciplinar de estos lugares singulares que revela su complejidad y su importancia dentro de la evolución de la organización política de la Monarquía hispana.

Gijs VERSTEEGEN  
*Universidad Rey Juan Carlos*